

Cuarenta y nueve años

Era su último día de trabajo y miles de recuerdos se agolpaban en su cabeza. Intentaba quedarse con los más gratos pero los otros, los no tan gratos, peleaban por hacerse un hueco en sus pensamientos.

Recordaba especialmente cuando, en una mala noche de sábado, volcó el *rulo de salmón noruego con queso y nueces* sobre la espalda de Doña Leonor, la señora de Don Fausto. No sabía donde meterse. Se quedó blanco y a punto estuvo también de quedarse sin trabajo. Desde entonces, ni el salmón, ni Doña Leonor han sido lo mismo para él.

Mauricio entró a trabajar de camarero al Club Social Quinoa con dieciséis años recién cumplidos. Fue allí donde conoció a Cecilia, la que, con el tiempo, sería su esposa. Compartían todo: trabajo, ocio, problemas y, por qué no decirlo, sonrisas.

Le gustaba su trabajo. Era servicial y humilde. Cuidaba a la gente y, aunque no siempre se valoraban esos cuidados, a él le daba igual. No lo hacía para ser valorado sino porque quería hacerlo, esa era su vida. Lo único que no le gustaba, hasta que conoció a Cecilia al menos, eran las propinas.

Mauricio decía, en su primera y rebelde juventud, que les parecía una limosna.

-“¿Para qué las propinas?, ¡ es mi trabajo!”- insistía Mauricio los primeros años.

Su entonces ya novia, Cecilia, más pragmática y seguramente inteligente que él, le contestaba:

-“No me seas tonto. Tú tómalas y no hagas ningún desprecio. Luego, si quieres, me regalas un ramo de flores con lo que te saques.” y sonreía, con una de esas sonrisas que algunas mujeres tienen y de las que es muy difícil desprenderse.

Fue, claro, la última vez que discutieron por ello.

Con el paso de los años, nuestro protagonista pasó de camarero del club a conserje. Era un trabajo más tranquilo y, quizás, con menos responsabilidades pero lo seguía haciendo con todo su cariño. Se ocupaba y preocupaba por los socios, a quienes ya veía como una familia. Guardando siempre, eso sí, las distancias.

-“Tú espera siempre a que vengan ellos a ti” -explicaba siempre a los aprendices que iban llegando al Club - “nunca te acerques tú, deja que ellos lo hagan.”

Así, entre trabajo y consejos, pasaron cuarenta y nueve años de su vida.

Un sentimiento agri dulce le sobresalía esa última mañana de abril. Cuentan que los ojos húmedos de Mauricio dejaron escapar algunas lagrimas en los últimos momentos.

Por culpa de dos meses no recibió el reloj de la empresa. Un reloj de caballero Cauny Swiss con una caja de acero, correa de piel y el escudo del Club grabado en su

parte posterior- Presente que hacía la casa, así llamaba el personal al Club, a quienes cumplían cincuenta años de servicio.

Pero Mauricio estaba contento.

-“¿Para qué quiero relojes?”- preguntaba él - “Ya no voy a mirar más la hora.”

Además, nuestro protagonista estaba empeñado en jubilarse en abril, no podía esperar al verano para el dichoso reloj. Guardó días de sus vacaciones para hacer coincidir jubilación y primavera.

Y se fue. Con los abrazos de quienes bien le conocían, los ojos humedecidos, la cabeza llena de recuerdos imborrables y el corazón palpitando como nunca. Se fue despacio, como si pensara que estaba dejando algo tras de sí. Y, seguramente, sería cierto: cuarenta y nueve años de trabajo y vida.

Cuando llegó a casa Cecilia le estaba esperando en la puerta. También ella tenía los ojos mojados, aunque Mauricio sólo podía ver su sonrisa y sentir su abrazo mientras sus corazones se tocaban..

-“Y esto?”- preguntó Mauricio mirando el regalo que ella tenía entre sus manos.

-“Ábrelo y lo sabrás” -sonrió nuevamente Cecilia .

Era un reloj, más modesto que los del club, pero que acabó completando su colección de lagrimas de emoción hasta hacer rebosar sus ojos

Ese día comieron una sopa caliente y gallo, el pescado favorito de Mauricio.

“El único pescado que me gusta tiene nombre de ave”- solía decir .

Tras la comida Mauricio le dijo a Cecilia :

-“Vístete que nos vamos.”

Cecilia le miró sorprendida. En todos estos años jamás le había dado una orden.

“¿Y la novela?, ¿y el fregado?” preguntó Cecilia sin apenas esperanzas o ganas por hacerle cambiar de opinión.

-“¡¡ Déjate de novelas !!” contestó apresurado Mauricio, como sabiendo que lo que vendría merecía la pena.

El acabó de fregar mientras Cecilia se engalanaba.

-“A donde vamos?” preguntó Cecilia sin poder reprimir su curiosidad.

- “A pasear, vamos a pasear.” respondió el recién jubilado.

El solía ir a caminar todas las tardes desde hacía ya varios años. Esta vez fueron juntos.

Era un día soleado, el mal tiempo pareció hacer un paréntesis esa tarde. Llegaron a Sondika en un casi vacío autobús y se dirigieron a las afueras del pueblo, hacia Izarza. Cuando Cecilia había dejado ya de preocuparse por el destino se pararon en una pequeña pero cuidada campa cerca de una bonita ermita.

La campa con vallas estaba rodeada de rosas a punto de brotar y tenía una pequeña chabola en una de sus esquinas, cerca de un riachuelo que pasaba por allí.

Para tremenda sorpresa de Rosa, Mauricio sacó de su bolsillo una pequeña llave, abrió el candado y, con él, la reja que hacía de puerta

-“¿Recuerdas cuando me dijiste que guardara las propinas para regalarte flores?”

Rosa afirmó con la mirada humedecida.

-“ Aquí las tienes”, comentó Mauricio.